

PÁGINAS
DE
HISTORIA
CONTEMPORÁNEA
DE ESPAÑA

Joaquín M^a NEBREDA PEREZ

Trabajos realizados durante el Curso de Doctorado en Historia Contemporánea.

RECENSIONES BIBLIOGRÁFICAS

**G.- La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría.
Melvyn P. LEFFLER.**

RECENSION DEL LIBRO

“LA GUERRA DESPUES DE LA GUERRA. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría”.

“Fort he Soul of the Mankind” (“Para el alma de la Humanidad”).

I.- Ficha bibliográfica:

Autor: Melvyn P. LEFFLER.

Traductor: Ferran ESTEVE.

Editorial CRITICA, Barcelona 2008. 736 páginas.

II.- Breve presentación de la obra.

Nos encontramos ante un análisis del largo periodo de cuarenta años de la política internacional conocido como Guerra Fría, iniciado entre los años 1945-1948 y que concluyó tras la caída del Muro de Berlín entre el año 1989 y 1990, cuyos protagonistas, casi exclusivos, fueron los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, las dos superpotencias de la época.

Este análisis se apoya en los cinco hitos más característicos del periodo que el autor personifica en los líderes, rusos y americanos, que los protagonizaron, de modo que los cinco hitos conforman la estructura del libro que recensamos.

Así se establecen los cinco hitos referidos: 1º.- Los orígenes de la Guerra Fría, 1945-1948: Stalin y Truman; 2º.- Una puerta abierta a la paz, 1953-1954: Malenkov y Eisenhower; 3º.- El Apocalipsis queda atrás, 1962-1965: Jruschov, Kennedy y Johnson; 4º.- La distensión se erosiona, 1975-1980: Brezhnev y Carter; 5º.- El fin de la Guerra Fría, 1985-1990: Gorbachov, Reagan y Bush.

Estamos ante un trabajo de investigación que se hace posible, fundamentalmente, tras la desclasificación de los documentos que las dos superpotencias mantenían en el secreto de sus archivos y con el estudio de las memorias de diversos de los protagonistas del fenómeno histórico analizado. Es, por tanto, un trabajo interpretativo de *fuentes primarias*, aunque, naturalmente, el autor aporta su bagaje científico como historiador del presente y especialista en las relaciones internacionales de los Estados Unidos.

III.- Análisis del contenido de la obra.

El trabajo de Leffler se lleva a cabo siguiendo las posiciones y actitudes de los líderes respectivos, de modo que casi podría decirse que es un conjunto de biografías políticas sucesivas, tanto de los presidentes americanos como de los primeros secretarios del Politburó, desde la perspectiva del tema central de la Guerra Fría. Es más que una historia al uso del periodo estudiado, porque las claves de las distintas fases de la Guerra Fría se desarrollaron en función de la impronta personal que los diversos líderes imprimieron en las decisiones políticas, fueran de carácter táctico o estratégico, aunque haga el autor muchas incursiones referidas a otros conflictos internacionales, inevitables por otra parte, para describir el escenario de cada momento.

Podemos adelantar que en la obra recensionada se presenta a la Guerra Fría como la polarización de dos concepciones, radicalmente opuestas, del mundo y de la vida: la *liberal-capitalista*, representada por los Estados Unidos de América y por la Europa occidental, y la *totalitaria-comunista* representada por la Unión Soviética y sus países satélites y así lo señalaría el presidente George H.W. Bush: *“La Guerra Fría fue una lucha por el alma misma de la humanidad. Una lucha por un estilo de vida”*, así que el título original del libro recensionado, como ya está reseñado, fuera *“Fort he Soul of the Mankind”* (*“Para el alma de la Humanidad”*).

Partiendo de esta razón ideológica, originaria del fenómeno estudiado, no cabe duda que, y así lo resalta el autor, el proceso histórico que tal

fenómeno comporta se desarrolló en razón de las posiciones políticas, tácticas y estratégicas, de ambos bandos, pero no debe confundirse la materialización del proceso con la razón del fenómeno que da lugar al proceso.

Algunos comentaristas confunden ambos conceptos, la razón de existencia del fenómeno (ideológica) con el desarrollo del proceso que el fenómeno conlleva (práctica política) y llegan a afirmar que LEFFLER, al estudiar la Guerra Fría, otorga más relieve a los aspectos de gestión del conflicto que a su carácter ideológico, cuando lo que hace es analizar la práctica política partiendo del *prius* ideológico.

LEFFLER trata de analizar con equidistancia y neutralidad el fenómeno y su proceso y, quizá por su empeño en eliminar la influencia de sus propias raíces *occidentalistas*, le hace olvidar el déficit *humanista* del régimen soviético y le impulsa a ser más comprensivo, valga la expresión, con las actuaciones soviéticas, de manera muy singular, al analizar la conducta de Gorbachov al que coloca como artífice del final de la Guerra Fría si bien en un entorno receptivo propiciado por Reagan y, después, por Bush padre. Desde luego, fue clave la posición negociadora de Reagan y su percepción de la vocación *reformista* de Gorbachov.

Ciertamente, Gorbachov "*movió ficha*", pero quién iba a hacerlo si no era el dirigente de un régimen totalitario cuya justificación ética era tan insostenible como su situación económica y el desprestigio absoluto de la utopía comunista.

Naturalmente, Gorbachov, podía haber optado por la resistencia numantina, encastillándose en el Kremlin y poniendo a todo el planeta en gravísimo peligro. He aquí el mérito de Gorbachov, que no es otro que la renuncia a la violencia y la confianza en la negociación con los Estados Unidos para establecer un escenario que permitiera una salida a la situación interna del régimen comunista.

Gorbachov fue primero *reformista* y al final *rupturista* porque no tenía más remedio. Renunció a la tensión militar, por lo que hay que recocerle su

valentía y su vigor político, mientras que Reagan y Bush no fueron rupturistas, porque no tenía sentido que lo fueran. Fueron, simplemente, receptivos. Tengo que reconocer que el autor no plantea, con la radicalidad que yo lo hago aquí, la superioridad ética del modelo *liberal-capitalista*, como he adelantado más arriba, porque opta por una reflexión neutral en lo posible.

LEFFLER, aceptando la inevitabilidad de la Guerra Fría en aquel escenario post-bélico, se pregunta por la razón de su tan larga duración, cuando le consta que los líderes de ambos bandos sabían que el mantenimiento de esta tensión distraía cuantiosos recursos que podrían haberse destinado al progreso de sus pueblos y se asombra de cómo pudo caer tan rápidamente el comunismo. En definitiva, se pregunta cómo no pudo concluirse con la Guerra Fría mucho antes.

La respuesta es compleja porque sus causas son múltiples, adelantando algunas: el miedo al adversario, incluso al adversario inexistente como eran, para la URSS, Alemania y Japón tras la II Guerra Mundial; la desconfianza que cada bando generaba en el otro; la idea, ciertamente pesimista, de que el equilibrio era garantía de la supervivencia de todos, ante el riesgo atómico; la presión de las fuerzas internas de cada bando (opinión pública, *lobbys* económicos, fabricantes armamentísticos, en el bando demócrata, el aparato burocrático y el dogmatismo ideológico en torno a la utopía - el capitalismo se autodestruiría -que se creía próxima, en el bando comunista).

La Europa occidental, tras la II Guerra Mundial, estaba escarmentada de sufrimientos, había perdido fe en la libertad y se tornaba conservadora reclamando la protección del Estado a cambio de control e intervención pública, era la socialdemocracia que Moscú podía ver como un ligero paso del denominado *mundo libre* hacia sus tesis, pero en la Europa oriental el ejército soviético se imponía sin conseguir adhesión popular alguna.

Cree LEFFLER que cada bando tenía una percepción, probablemente distorsionada y exagerada, de la amenaza que el otro bando suponía y llega a

afirmar, en sus conclusiones, que los líderes de los dos bandos, prisioneros de un complejo conjunto de intereses y miedos, *“no tenían en sus manos las riendas del cambio”*, hasta la llegada de dos hombres providenciales, Gorbachov y Reagan.

Naturalmente, no bastaba con la aparición de dos hombres providenciales, hacía falta un entorno propicio al acuerdo y éste se empieza a vislumbrar, en los primeros años ochenta, por varias circunstancias: estancamiento económico de la URSS, que impactó negativamente en la población rusa; separación de la ortodoxia soviética del Partido Comunista Chino; fracaso del modelo comunista en Latinoamérica y, para colmo, aparición de un hombre singular, el polaco Juan Pablo II que, dice LEFFLER, *“enarboló la bandera de los derechos humanos e hizo de la Iglesia el guardián de las libertad individual y de la conciencia personal”*, todo lo cual generó una profunda desmoralización en la sociedad rusa que Gorbachov supo no solo percibir sino conducir.

A juicio de LEFFLER, Gorbachov no pretendió volar el régimen soviético, sino reformularlo, asumiendo el riesgo de su destronamiento en el Kremlin, para volcarse en resolver la situación interna, lo que suponía la transferencia de recursos militares al área civil, moderando la carrera armamentística, con la consiguiente desideologización de la política internacional, al extremo de aceptar una Alemania unida en la OTAN, como recuerda nuestro autor, porque Gorbachov se había percatado de que *“No estamos rodeados de ejércitos invencibles sino de economías superiores”*, así que lo que se inició como un movimiento *reformista*, se convirtió en *rupturista*, como ya está dicho, por la extrema inconsistencia del gigante soviético, incapaz de asumir cambios progresivos. Se quiso democratizar el socialismo y saltó por los aires el régimen.

La sintonía entre Reagan, con su secretario de Estado Shultz, y Gorbachov, con su ministro de Asuntos Exteriores Shevarnadze, permitió tratar cuestiones de filosofía política (derechos y libertades), claves para la concepción *liberal-capitalista*, ante las que los soviéticos cedían tanto para cerrar acuerdos

de otro orden (armamentísticos, etc.) como porque ciertamente reflejaban situaciones insostenibles del régimen soviético.

En este terreno la teórica superioridad del régimen comunista hacía aguas a ojos vista. Reagan creía en la sociedad libre y en que todo ciudadano optaría por ella si le daban la oportunidad de elegir y Gorbachov sabía que no tenía respuesta en este campo. Lo demás fue cuestión de paciencia, flexibilidad e inteligencia.

He aquí cómo el origen y el final de la Guerra Fría fue una cuestión ideológica en su razones más profundas pero, también, una cuestión de oportunidades y de actitudes personales. En unas ocasiones oportunidades perdidas por las actitudes reticentes y miedosas de unos líderes y, al final, una oportunidad aprovechada por la fe en la negociación y en el diálogo de otros líderes

IV.- Reseña de los hitos más relevantes tratados por LEFFLER.

IV.1.- Los orígenes de la Guerra fría, 1945-1948: Stalin y Truman.

A.- Los protagonistas iniciales.

El autor presenta a José Stalin, Georgia 18 de diciembre de 1878, *"hombre de acero"*, como una personalidad carente de cualquier vestigio de humanidad, con excepción de las lágrimas que derramó tras el suicidio de su segunda esposa. Ideológicamente era afecto a Lenin, quien diría, desconfiando de él que *"el camarada Stalin ha concentrado en sus manos un poder ilimitado"*, barruntando el riesgo de que hiciera un uso imprudente del mismo, así que, dice, LEFFLER, su fanatismo, su pragmatismo y su oportunismo le permitiría llegar al control absoluto del partido y de la URSS. Su crueldad, con purgas, deportaciones y masivos fusilamientos, le convertía en un hombre extraordinariamente temido.

Stalin era un revolucionario convencido que desde la revolución soviética se cambiaría el mundo por el único camino posible, el comunismo, para lo que era necesario desterrar de la mente de los ciudadanos rusos cualquier vestigio burgués que pudiera quedarles. Sólo así podría conseguirse *“una sola voluntad, y una unidad de acción total y absoluta”*, en torno al núcleo básico de la *dictadura del proletariado*. Otro objetivo esencial de Stalin sería convertir a Rusia en una potencia industrial que no permitiera depender de los países imperialistas.

Nuestro autor descalifica la visión de Stalin al no percatarse de las intenciones de Hitler, con quien suscribiría un pacto de no agresión, *contra natura*, que aunque le permitió hacerse con Estonia, Letonia y Lituania, le daría la sorpresa de la invasión de Rusia, en el año 1941, para someter al imperio comunista. Frente a la sangría nazi, Stalin exigía a su pueblo resistir hasta la muerte, fusilando a quien diera la espalda al enemigo. La extrema situación a que había llegado hizo girar su mirada hacia Occidente, porque necesitaba el apoyo de británicos y norteamericanos, tanto económico como de material de guerra ofreciendo un acuerdo para garantizar la paz, con lo que entraba en contradicción con sus tesis anticapitalistas, contradicción que traspasaría el tiempo de guerra, pues mantendría la tesis de que los partidos comunistas occidentales pactaran con las fuerzas burguesas.

El instinto de seguridad de Stalin primaba sobre su raíz revolucionaria y así se repartió fríamente los países europeos con Churchill, en el año 1944, sin ningún reparo, cediendo Grecia para controlar Bulgaria, Hungría y Rumanía, hasta la victoria sobre Alemania que le garantizó su poder absoluto sobre la URSS y sus países satélites y pudo llegar a Postdam, en el año 1945, presentándose ante Inglaterra y EEUU de forma que pudiera mantenerse la tesis de la colaboración de los aliados en la guerra, lo que para la URSS era básico si quería garantizar su reconstrucción.

LEFFLER analiza, también, al recién llegado presidente americano Harry S. Truman, Lamar USA, 8 de mayo de 1884, personaje radicalmente contrario a su oponente ruso. Hombre pacífico, honrado, procedente del mundo

rural americano, que prosperó en el Partido Demócrata, precisamente, por su falta de aristas.

Era un prototipo de norteamericano, respetuoso de la Constitución, amante de su país, de su modo de vida y de los valores típicamente americanos, la libertad, las oportunidades de desarrollo de cada ciudadano y enemigo de las dictaduras y de la industria armamentística a la que investigó con denuedo, aunque inexperto en los entresijos de la política internacional.

Cuando sucedió a Roosevelt y llegó a Postdam, los Estados Unidos era la indiscutible potencia económica y militar del planeta, su objetivo era que Stalin cumpliera su promesa de atacar a Japón en la China continental, como así haría, para debilitar a Japón en su feudo y poder cerrar la guerra en el Pacífico, guardándose la baza de la bomba atómica en fase de ensayo.

Frente a sus asesores que reclaman una posición de firmeza frente a Stalin, que estaba sojuzgando a la Europa oriental, Truman era partidario de llevarse bien y, además, sintonizó con él, de aquí que LEFFLER afirmara que por cuanto que Truman deseaba la cooperación entre EE.UU. y la URSS y Stalin respetaba el poder de los Estados Unidos, no pueda decirse que la Guerra Fría se iniciara por la intransigencia de ambos estadistas.

B.- Los orígenes de la Guerra Fría.

Tras el final de la II Guerra Mundial, Truman encargó al Secretario de Estado Byrnes que liderara el proceso de pacificación con su colega ruso Molotov, para lo que usó como argumento principal, en un principio la bomba atómica como amenaza, para convertirla después en moneda de cambio. Propuso la liberación política de los países del este a cambio de la regulación de la energía nuclear. La política de Byrnes no fue eficaz.

El Día de la Marina, recuerda LEFFLER, Truman pronunció un discurso trascendental. Los Estados Unidos no aspiraban a conquista territorial alguna pero se constituía en defensor de la democracia, plenamente consciente de su poderío militar, de modo había llegado la hora de tratar a los soviéticos con

mano dura, como medio de evitar nuevas confrontaciones. Son los prolegómenos de la Guerra Fría.

Truman y Stalin consideran que sus respectivos países han de conformar las reglas de juego del planeta, pero conocen los riesgos de sus respectivas apuestas. Las bombas de Hiroshima y Nagasaki se convirtieron en un incumplimiento de Yalta, en una amenaza para la URSS, así que en su discurso en el Bolshoi, de febrero de 1946, Stalin vuelve a la retórica tradicional revolucionaria, con todos sus apriorismos ideológicos.

El objetivo de Stalin era consolidar sus conquistas en el área europea, que le garantizaban seguridad, sin romper la gran alianza de la II Guerra Mundial, así que cuando Churchill, ya jubilado, advertiría que la URSS estaba construyendo un gran *"telón de acero"*, lo que Stalin justificaba por la necesidad de evitar una nueva invasión como la alemana, acusando a las potencias occidentales de pretender expulsar a la URSS de Alemania oriental, pero, a su vez, afirma LEFFLER, Stalin mantenía una política de apaciguamiento y de voluntad de cooperación con Occidente, lo que hacía su política incongruente.

Stalin, ante el terror que le producía una Alemania unificada, aunque desmilitarizada, según Postdam, quería garantizar que los países del este de Europa continuaran siendo comunistas, para establecer una barrera de seguridad, pero sin romper la cooperación o la distensión con Occidente y en esto último coincidía con los deseos de Truman. Ninguno de los dos estadistas quería la Guerra Fría.

La Guerra Fría no era querida pero se hacía inevitable porque ninguno de los dos podía asumir los riesgos que el otro representaba, aún a costa de debilitar graves intereses de política interior. No fue argumento menor para los americanos la crítica situación económica de la Europa de post-guerra y la consiguiente tendencia al intervencionismo, ya referido en pasaje anterior, que otorgaba, a juicio americano, una baza de simpatía europea a favor de la URSS, al extremo de que Inglaterra tuvo que retirarse del Mediterráneo

oriental, por falta de presupuesto, cubriendo el puesto los EE.UU., tal era la situación europea de la que podía aprovecharse la URSS.

Ya en 1947 la situación se hace imposible de disimular, Truman apuesta por la defensa del estilo de vida occidental y por el inmediato apoyo a la economía europea, sustancialmente a la economía alemana, lo que suponía tocar el punto débil de Stalin que no era otro que la garantía de mantener postrada a Alemania, porque el dictador georgiano consideraba que una Alemania fuerte siempre sería un grave peligro para Rusia. Esta era la almendra de la política internacional de la época.

Llegaría el Plan Marshall que revitalizara Europa, fundamentalmente Alemania occidental, porque una Europa arruinada sería presa fácil para la URSS, así que Truman se embarcó *"en una guerra contra el mal para luchar por el alma de la humanidad"*, mensaje que, en calve anti-comunista, caló en la opinión pública americana y surgiría la OTAN como instrumento militar de defensa de Occidente.

Stalin consideró que los capitalistas *"le había lanzado el guante"* y reaccionó proclamando la inviabilidad de la coexistencia pacífica, porque el conflicto armado sería inevitable y miró hacia Asia (China y Vietnam) y Latinoamérica, para articular la acción revolucionaria contra Occidente, sin olvidarse de los partidos comunistas en países occidentales que debía desarrollar su acción revolucionara en territorio enemigo. Era el año 1948.

La Guerra Fría había comenzado, en un marco de reconstrucción económica, tanto de Europa como de la propia Rusia, sin saber cómo acabaría.

IV.2.- Una puerta abierta para la paz, 1953-1954: Malenkov e Eisenhower.

En marzo de 1953 fallecería Stalin y la *troïca* Malenkov, Beria y Jruschov colocaría al primero como líder público de la nueva situación, dejando caer, tras frases obligadas de continuismo, cierto grado de apertura hacia Occidente y de refuerzo de las políticas dedicadas a la mejora de la vida en

Rusia e incluso de superación de determinadas prácticas estalinistas, reiterando las tesis comunistas tradicionales y el objetivo último de una sociedad mundial comunista. En todo caso habría acuerdo en que el objetivo de mejora de la calidad en Rusia exigía rebajar la tensión internacional.

En Washington ya estaba Eisenhower, hombre cualificado para el cargo y de profundos valores. En lo atinente a la situación internacional, en su toma de posesión afirmaría: *“Las fuerzas del bien y del mal se han concentrado, se han armado y se enfrentan como pocas veces se ha visto en la historia”*. Para resaltar sus valores cabe reproducir, del mismo discurso: *“La libertad contra la esclavitud; la luz contra la oscuridad”*. Estaba radicalmente comprometido con la defensa del *“estilo de vida”* americano amenazado por la URSS. Su hombre en el departamento de Estado sería John Foster Dulles.

La tesis central de la política internacional sería, la de fortalecer a USA como potencia económica, como garantía de su poderío defensivo militar, lo que suponía ahorro en defensa para dinamizar la economía. Pero la Administración americana no tenía un plan que respondiera a la noticia del fallecimiento de Stalin.

Desde los Estados Unidos se percibían ciertos cambios en los nuevos jefes soviéticos y se dudaba sobre la respuesta que debía dar el nuevo presidente americano. ¿Cabía aspirar a una paz justa en Corea o Indochina, por la intercesión de la URSS ante sus aliados?. ¿Aceptaría la autodeterminación de Alemania del este?. La URSS se preguntaba, también, qué pasos estaba dispuesta a dar la potencia americana. ¿Se estaba ante un momento decisivo en la historia del mundo?.

La jugada que ejemplificaba la gran partida internacional que se estaba jugando, era la Alemania del este. Era casi imposible conseguir una Alemania reunificada y neutral en el marco de la Guerra Fría, que permitiera a la URSS y a los Estados Unidos, abandonar sus posiciones militares en el centro de Europa.

La estrategia americana se movía entre la acción de ataque y la alternativa de atraer a los pueblos a la idea de la libertad y contra el comunismo, en un marco de progreso económico que anclara a la Alemania occidental a la política de Occidente. La táctica a aplicar se planteaba entre hacer seguidismo de la política soviética o tomar la iniciativa.

En el bando comunista el descontento en los países satélites era patente, tanto por la represión política como por la penuria económica. En Moscú se veía la necesidad de la reunificación alemana (en Alemania del este habían surgido revueltas) pero el problema estaba en cómo hacerlo sin perder una posición clave, la tesis de una Alemania burguesa, imputada a Beria, supuso su depuración aunque, era patente que se trataba de una artimaña urdida en el Comité Central para depurar al viejo stalinista.

La URSS se hizo con la bomba de hidrógeno, remarcando su posición de fuerza, aunque clamaba por la paz tan necesaria para dedicarse a la recuperación económica interna. La acción americana de entregar lotes de comida a los ciudadanos de Berlín este, tenía una enorme carga psicológica, enfurecía a los soviéticos y podían obligarles a responder con fiereza.

Eisenhower, apoyado por tres grupos de trabajo, estableció las posibilidades de actuación: a) el tiempo corría a favor del mundo libre, había que fomentar la unidad de los aliados y debilitar el poder soviético; b) debían considerarse acciones armadas, incluida una acción global, si la URSS desplegaba acciones expansivas; c) la URSS no tenía visos de sucumbir y el mundo libre no podía vivir bajo la amenaza soviética. La cuestión estaba en compaginar adecuadamente acciones de distensión y acciones de cierto grado de agresividad.

En cualquier caso la política de seguridad nacional planteaba graves cuestiones fiscales, porque ponía en cuestión los objetivos de crecimiento interno y de limitación del déficit, pero esta cuestión no podía evitar que los Estados Unidos tuvieran resuelta la capacidad de respuesta ante un ataque por sorpresa, sobre todo desde que la URSS dispuso de la bomba de hidrógeno.

La estrategia de Eisenhower era poliédrica, se basaba en una política militar firme pero prudente, manteniendo la satisfacción de sus aliados, proclives a la distensión por su aceptación de la cara pacifista que presentaba la URSS. Desde luego había que evitar riesgos innecesarios pero no cabía sino enfrentarse a cualquier movimiento expansivo soviético, para a la larga, poner fin al dominio soviético, aceptando un régimen eficaz de control armamentístico. Esta posición suponía ordenar, institucionalmente, la defensa europea integrando a Alemania con un ejército propio, idea que a los franceses les aterraba pues no olvidaban que las dos guerras europeas habían tenido su origen en el desmesurado militarismo alemán.

Si había una salida pacífica de la situación las partes se consideraban incapacitadas para encontrarla porque no superaban el terror al adversario. Malenkov se había resignado a perpetuar la Guerra Fría, lo que le permitiría ocuparse de la recuperación económica interna, las Naciones Unidas, entidad cuyo valor se reconocía, no tenía instrumentos de actuación de Eisenhower clamaba por la paz de manera escasamente operativa.

Las dos potencias estaban convencidas de que el triunfo final les pertenecería y que el mundo se regiría por su respectiva ideología, razón por la que no tenía sentido tomar riesgos innecesarios, las dos creían que el paso del tiempo les era propicio. Eran formas distintas de aceptar la Guerra Fría como destino del planeta.

IV.3.- El apocalipsis queda atrás, 1962-1965: Jruschov, Kennedy y Jhonson.

El nuevo jerarca soviético, Nikita Jruschov había enviado misiles a su aliado cubano en 1962, echó un pulso a los Estados Unidos, a juicio de Kennedy, que puso a sus fuerzas en estado de alarma, previo al de guerra. Producida la crisis, los soviéticos necesitaban echar marcha atrás sin humillaciones, proponiendo la retirada de los misiles y de los asesores militares de Cuba siempre que los americanos renunciaran a invadir la isla, con lo que Fidel Castro se consolidaría, moneda de cambio sucedánea de la exigencia,

posiblemente excesiva, de que Kennedy retirara los misiles Júpiter de Turquía, lo que haría a medio plazo sin que se considerara contrapartida ni constara oficialmente. Era obvio que la URSS se había percatado de que se había llegado al borde de lo que no quería, una conflagración global.

Jruschov adoptó una posición de clara distensión, apostando ante Kennedy por la coexistencia pacífica para superar la crisis vivida, pero la almendra de la política internacional de bloques seguía siendo Alemania occidental cada vez más próspera y militarmente potente, en el marco de la OTAN, por lo que URSS no tenía otra opción de tratar consolidar la división alemana.

En agosto de 1961 Jruschov autorizó al Gobierno de la República Democrática de Alemania la construcción del *"muro de Berlín"*, *"muro de la vergüenza"* o *"muro de protección antifascista"*, según fuera quien lo denominara, cuya finalidad real era evitar la fuga de ciudadanos del Berlín oriental al mundo libre. Poco después EE.UU. y Gran Bretaña crearía una fuerza Multilateral con capacidad atómica a la que invitan al resto de aliados de la OTAN, incluida una Alemania occidental nuclear, con finalidad disuasoria, lo que produjo la decepción soviética, que clamaba por el desarme y el desguace del material de guerra.

Jruschov partía del convencimiento de que el triunfo final del comunismo pasaba por la mejora del nivel de vida del pueblo. Creía, firmemente, que las tesis económicas comunistas eran claramente superiores a las capitalistas y que el socialismo se imponería, pero tal convicción pasaba por la reducción del gasto de defensa y el destino de recursos materiales a la economía productiva de bienes de consumo.

Era la época en que se negociaba el tratado de prohibición de los ensayos nucleares, para el que Kennedy exigía inspecciones efectivas y al que aspiraba la URSS temerosa de la nuclearización de Alemania occidental. El punto crítico de tal tratado eran, precisamente, las inspecciones, porque

Kennedy pretendía garantizar los mecanismos de control del tratado, pretendiendo entrar en el corazón de la URSS.

La convicción soviética en la victoria final del socialismo, como instrumento de distribución de la riqueza, mediante la planificación, era compartida por casi todos los líderes nacionalistas de las naciones emergentes, deseosos de salir de su atraso, aún cuando no se confesaran comunistas, lo que consolidaba la convicción soviética en el socialismo. No cabe duda de que la coincidencia planificadora del vector emergente del mundo, incluso de los pujantes partidos comunistas del mundo occidental, insuflaban moral de victoria a las autoridades de la URSS.

Así que, recuerda LEFFLER, Jruschov *"estaba entregado a la tarea de perfeccionar una civilización superior"*. Si el proyecto socialista fue puesto en riesgo por la ocupación nazi, *"la utopía comunista... se enfrentaba ahora a un peligro mayor si cabe: el holocausto nuclear"*, por lo que era necesario rebajar la tensión si los americanos también lo hacían, pero Kennedy no podía fiarse de Jruschov, después de la maniobra de los misiles cubanos, necesitaba hechos y no palabras.

Por otra parte, los americanos no podían dejar de considerar los evidentes avances de la URSS en el Tercer Mundo, desde luego en África, en el Sureste Asiático e incluso en Latinoamérica, aunque fuera patente la grieta surgida en China. Tampoco podía hacer oídos sordos a la no tan discreta rebelión del nacionalismo francés, con el presidente De Gaulle, dentro de la OTAN oponiéndose a la Fuerza Multilateral y suscribiendo un tratado de seguridad bilateral con la Alemania occidental de Adenauer.

Kennedy, en junio de 1963, ofrecería una paz constructiva y aunque le repugnara la negación de libertad comunista ofrecía un replanteamiento de la Guerra Fría, tratando de *"rebajar la tensión sin bajar la guardia"*, destinando parte de los recursos en armamento a la mejora de las condiciones de vida de los hombres y proponía, en concreto, la instalación del *"teléfono rojo"*, el replanteamiento de los tratados de no proliferación de armas nucleares y de

prohibición de ensayos nucleares, la protección ambiental, en definitiva, creando un marco de mayor confianza. El escenario internacional no había cambiado, al menos sustancialmente, pero los escasos avances de la URSS permitían a Kennedy apostar por la distensión como parecía lo hacía, a su vez, Jruschov que avanzaba en la oferta proponiendo un acuerdo entre la OTAN y el Pacto de Varsovia.

El Senado ratificó un tratado limitado de prohibición de ensayos nucleares, Kennedy vendería trigo a Rusia y propondría la exploración conjunta del espacio. Parecía estarse en un punto de inflexión de la Guerra Fría, pero a la contienda, como se verá, le quedan muchos momentos de crisis. No obstante, en todo caso, fueron momentos de deshielo que reflejaban más el mutuo temor que un eventual acercamiento en la profunda confrontación ideológica que separaba a los dos bandos. Quienes no compartían la posición de Kennedy advertían que la distensión tenía el peligro de confiarse a un temible adversario y de subestimar la radical diferencia en el modelo de vida que cada bando representaba.

Así estaban las cosas cuando Kennedy fue asesinado en Dallas el 22 de noviembre de 1963, sin que hayan resuelto definitiva y totalmente los orígenes del mismo.

Con Jhonson en la presidencia, Jruschov, con la natural desconfianza ante el nuevo mandatario, trató de mantener la situación alcanzada, para dedicarse intensamente a su objetivo clave de consolidar la economía interna de Rusia, cuyo crecimiento se ralentizaba, como pieza esencial del triunfo de la sociedad socialista, continuándose con la idea de que la división de Alemania y su no nuclearización eran la pieza sobre la que debía basarse la distensión.

En octubre de 1964 Jruschov sería destituido por Brezhnev y Kosigin, por su caprichosa política exterior de apoyo a movimientos de liberación, por su enfrentamiento con Mao y por su incapacidad de dinamizar la economía rusa, de modo que los nuevos antagonistas serían Jhonson y Brezhnev.

Brezhnev mantuvo, en política internacional, las tesis de la coexistencia pacífica, la cooperación internacional y la distensión y, en política interior, la necesidad de reconstrucción de la sociedad soviética. Jhonson se declaró partidario de una política continuista de distensión pero sin perder de vista el objetivo de la política doméstica de erradicación de la pobreza y la igualdad racial, frente unas próximas elecciones, y el de evitar la derrota en la guerra de Vietnam. En su primer año como presidente, Jhonson fue preso de sus cálculos electorales.

Tras las elecciones americanas, el tablero internacional no variaba. Alemania seguía en el centro, los soviéticos reclamaban consolidar la separación y garantizar la no nuclearización de la Alemania occidental pero los americanos estaban comprometidos con la vocación unionista de los alemanes, con lo que el acuerdo resultaba imposible mientras que los soviéticos partieran de la hipótesis vengadora de la Alemania federal que, decían, estaba al borde de conseguir la bomba atómica.

El segundo problema era *"la patata caliente del Vietnam"*, heredada desde Truman, cuyo grado de confrontación aumentaba, ni podían abandonar ni podían fomentar que los soviéticos intervinieran, pero tampoco podían permitir que se siguiera matando a norteamericanos. Se decidió por el bombardeo del Vietcom con la idea de hacer patente a los soviéticos su determinación y evitar el desprestigio que una derrota supondría para los EE.UU., lo que conllevó el traslado de 40.000 infantes para proteger las bases aéreas amigas. Jhonson apostaría por el recrudescimiento de la acción militar en Vietnam.

En relación con los países emergentes, los EE.UU. tenía el inconveniente de su escasa credibilidad, pues eran vistos como una fuerza colonial, lo que otorgaba clara ventaja a la URSS en la disputa por atraerse a éstos. La acción americana, para evitar el progreso del comunismo en estos países emergentes, tenía grandes dificultades prácticas, lo que suponía un serio inconveniente en esta faceta de la Guerra Fría.

Por su parte los soviéticos tenían su penitencia en la brecha abierta con China que no entendía la política de distensión de la URSS

Así podía establecerse la situación: problema alemán, como pieza clave; conflicto de Vietnam como punto caliente en el que EE.UU. asumía un compromiso que resultaría excesivo; desconfianza de los países emergentes, de corte nacionalista, en la posición norteamericana y, por último, grieta en el mundo comunista por la falta de sintonía de China con la URSS.

IV.4.- la distensión se erosiona, 1975-1980: Brezhnev y Carter.

Brezhnev, ya jefe exclusivo del Kremlin, llegaba a la gloria con la celebración de la *Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa*, de Helsinki en 1975, durante el mandato de presidente Ford, en el que se reconocería a la República Democrática de Alemania, a las fronteras de influencia de la URSS, que era tanto como reconocer la inviolabilidad de las fronteras existentes, y, como señala el autor, *“a la aceptación de un estilo de vida en media Europa y, como tal, el marco indispensable de la distensión”*.

Estamos pues en el umbral de acceso al periodo de distensión, el gran objetivo de Brezhnev, que había tenido ya específica plasmación en el periodo de Nixon, con el *Tratado de Limitación de Armas Estratégicas SALT*, en 1972 y, después, en los prolegómenos de Helsinki, con Ford, y que se había concretado, aunque de manera parcial o regional, en la *Ospolitik* de Willy Brant, Alcalde de Berlín, que trató de facilitar el acercamiento familiar de berlineses, sin esperar a la utópica reunificación.

Brezhnev buscó siempre la distensión pensando tanto en la necesidad de evitar mayores sacrificios a su pueblo, lacerado durante la II Guerra Mundial y que, aún, no había alcanzado los más elementales niveles exigibles de confort, como en la necesidad de darse un tiempo para el rearme del ejército soviético porque, para los soviéticos, el final de la Guerra Fría exigía un cierto equilibrio militar entre los dos polos.

Gerald Ford era también un convencido de la necesidad de abrir las relaciones internacionales a una política estable de distensión, pero en los Estados Unidos eran fuertes las voces que discrepaban del Tratado de Helsinki por lo que tenía de reconocimiento del modo de vida soviético, aunque tuviera un objetivo de derechos humanos, y de abandono de las aspiraciones de los países atrapados tras el *telón de acero* y de desprecio de la poderosa realidad militar de la URSS.

Jimmy Carter ganaría las elecciones de 1976, por lo que Brezhnev tenía que cambiar de interlocutor, sin que se hubiera podido suscribir el nuevo *Tratado de Limitación de Armas Estratégicas*, SALT II. Carter era un convencido de la necesidad de guiarse por los principios morales de nuestra civilización, cuya clave era la exigencia de los derechos humanos en todo el planeta y, desde luego, la exigencia de libertad. Jimmy Carter era un político bienintencionado pero inexperto y poco formado.

Llegaba Carter en un momento en que la economía occidental llevaba sufriendo unos tres años las consecuencias de la primera crisis del petróleo (1973) y que pronto se recrudecería en el año 1978. Eran, desde luego, momentos de cambio en el mundo, porque, también, las poblaciones de los países controlados por la URSS vivían con insatisfacción el dilatado retraso con que parecían llegar las promesas de la utopía socialista.

El tono de las relaciones empeoraron, porque EE.UU. incrementó sus exigencias para un posible SALT II, respecto de lo negociado con Ford. La URSS avanzaba lentamente en el reconocimiento de los derechos humanos, desde la perspectiva americana, a tenor de lo pactado en el Helsinki, pero sus avances eran descomunales desde la perspectiva soviética. El Kremlin que no estaba dispuesto a que tales innovaciones modificaran el *estilo de vida soviético*, sin percatarse de que se trataba de compatibilizar dos conceptos incompatibles. La *gerontocracia* establecida en la URSS, absolutamente convencida del ideal comunista, no tenía posibilidad alguna de introducir cambios relevantes en la sociedad rusa ni en las de los países bajo su control y de tal juicio no cabía excluir a Brezhnev, sumido, además, en un manifiesto deterioro físico.

En el resto del planeta, los polos de crisis surgían, Vietnam, Angola, Somalia-Etiopía, etc. Por lo que se refiere a Oriente Medio, la URSS no se resignaba a estar ausente en un eventual acuerdo árabe-israelí, por lo que exigía su presencia y la del propio Arafat. Además, la URSS enviaba asesores y Castro, haciendo la guerra por su cuenta, se vinculaba seriamente con los movimientos revolucionarios africanos lo que, desde la perspectiva yanqui, perturbaba los objetivos de distensión que, para Carter, pasaban por la reducción del arsenal nuclear, pretensión que, para Brezhnev, suponía una alteración de los pre-acuerdos con Ford para el SALT II que obligaría a prorrogar el SALT I.

Por lo que a Europa occidental se refiere, la crisis económica hacía mella y la sociedad europea se hacía más transigente con las tesis comunistas. Aunque los políticos percibieran con preocupación el incremento de fuerzas del Pacto de Varsovia, no era esa la percepción de la opinión pública europea imbuida del llamado ideal *progresista*, formado por trazos más ingenuos que precisos y sólidos.

Carter, hombre de principios, rechazaba cualquier tentación, *progresista*, de renuncia a los objetivos de libertad en la lucha contra la pobreza o de rechazo de la democracia para responder a los cambios sociales, así que la defensa de los valores de nuestra civilización seguían siendo su objetivo.

China, en pleno cambio tras la reciente muerte de Mao, era otro frente abierto para los EE.UU. y, como está dicho también, para la URSS. No puede ocultarse que una eventual normalización de las relaciones de USA con China, con independencia del escollo que suponía Taiwán, ponía en riesgo el objetivo prioritario de la distensión, porque China era la *grieta* en el mundo comunista, por la que supuraba la URSS.

La crisis de Irán y Afganistán ocupa gran atención del autor, pues una eventual intervención soviética a favor de Taraki, víctima de sus propios errores, pondría en riesgo la suscripción de SALT II, pero la limitación de este trabajo impide mayor descripción.

Desde la perspectiva global, Brezhnev y Carter seguían empeñados en la distensión pero les resultaba muy difícil, sobre todo a Carter, suscribir un segundo *Tratado de Limitación de Armas Estratégicas, SALT II*, porque las noticias que se tenían, o que le llegaban al presidente, no garantizaban no ya la supremacía armamentística de los EE.UU. ni tan siquiera un razonable equilibrio de fuerzas. Aunque la opinión pública americana lo deseara, desde la atalaya de la Casa Blanca no podía aceptarse un acuerdo en desventaja, porque la clave seguía siendo la desconfianza mutua. Por otra parte, el cálculo que hacían los estrategas americanos se orientaba a la inviabilidad de que la URSS mantuviera el actual ritmo presupuestario militar durante mucho tiempo, por lo que, considerando la fortaleza económica de los EE.UU, el mantenimiento de la distensión, aunque sin cerrar acuerdo alguno, parecía ser beneficiosa.

En la Cumbre de Viena de 1979 Carter se enfrentó a un viejo Brezhnev, que todavía controlaba la URSS, aunque físicamente fuera un anciano. La cuestión del apoyo soviético a los denominados movimientos de liberación, era clave para los americanos, junto con los conflictos del golfo Pérsico y de Oriente Medio, pero para Brezhnev el rearme occidental y la modernización de la OTAN, con bases nucleares en Europa, eran el problema pues afectaba directamente a la seguridad de la URSS.

Si bien LEFFLER confirma que los dos protagonistas saldrían de Viena con una magnífica relación personal, en el tablero de la distensión ninguna ficha se había movido.

Ahora Nicaragua se convertía en un grave peligro para los EE.UU, por el avance de la guerrilla comunista frente al dictador Somoza, con riesgo de contagio en la zona de la América central. La cuestión era apoyarse en los dictadores, que Carter y su equipo odiaban, o en apoyar los movimientos reformistas con riesgo de fomentar la revolución. Pero, internamente, los EE.UU. tenían un grave problema económico por su alto consumo energético de origen externo, lo que comprometía gravemente el futuro inmediato de su economía. Para colmo se descubrió una brigada de infantería soviética en Cuba, que probablemente llevara desde la época de los misiles de 1962 y la situación

de Irán empeoró (52 rehenes americanos) con grave riesgo de intervención militar americana, todo ello, en el peor momento, cuando se trataba de ratificar el SALT II, y para colmo, en un ambiente pre-electoral. Podría decirse que a Carter *"le crecían los enanos"*.

Carter se mantenía en su doble convencimiento, a favor de la distensión y de los principios éticos de nuestra civilización. La ratificación del SALT II permitiría volcarse en la política interior, desviando recursos militares a frenar la crisis energética, mientras que la no ratificación obligaba a incrementar el presupuesto militar. Sus objetivos de Occidente, que Carter pretendía liderar, eran la libertad y la paz en el mundo, pero cómo se conseguían en semejante escenario.

Nuestro autor confirma que el Kremlin no buscó la salida adecuada para reducir la presión y favorecer la ratificación del SALT II, Brezhnev se consideraba fracasado, defraudado por los suyos pero beligerante con los EE.UU. a los que acusaba de chantajear a la URSS imponiéndole concesiones así como de predisponer a China contra ellos, para sacar adelante el SALT II. Brezhnev optó, a finales de 1979, por el despliegue militar en Afganistán (*"la mayor amenaza para la paz desde la segunda guerra mundial"*), acrecentando el dominio de la URSS en el Oriente Medio y poniendo en cuestión el control del golfo Pérsico, lo que para EE.UU. podría llegar a ser *casus belli*.

Brezhnev rompía todas las reglas de soportaban la distensión, pues su actuación suponía una intervención unilateral en un país no alineado, afectando a zona tan sensible como el golfo Pérsico, cuando los EE.UU., por el contrario, se habían contenido para no intervenir en Irán pese al secuestro de 52 ciudadanos americanos, por salvar el gran objetivo de la distensión.

Parece que Brezhnev actuó movido por su frustración y atenazado por el miedo a los EE.UU., pero no movido por plan estratégico alguno, pues no había plan estratégico alguno que justificara tal actuación. La respuesta de Carter fue más bien de gestos, se suspendieron las deliberaciones sobre el SALT II en el Senado, se bloquearon las relaciones comerciales y las ayudas a

la URSS, llegándose al embargo de cereales, y, ciertamente, se reforzó la ayuda militar a Pakistán.

Nuestro autor, Melvyn P. LEFFLER, a la vista de tal desenlace, concluye en que *"El miedo que amenazaba a los líderes norteamericanos y soviéticos no se debía a un análisis certero de la coyuntura internacional sino a unos poderosos axiomas ideológicos sobre sus motivos y sus objetivos"*.

Lo cierto es que la distensión se había diluido y volvía la Guerra Fría.

Nuevamente la política de la concertación y de acuerdo se frustraba, no por la falta de voluntad de los protagonistas principales, convencidos de la distensión, para fomentar el bienestar interior y evitar riesgos terribles y, además, afectivamente unidos entre sí. Las circunstancias políticas, analizadas desde la desconfianza y desde el prejuicio ideológico, eran más poderosas que las voluntades de los dos hombres más poderosos de la tierra.

IV.5.- El fin de la Guerra Fría, 1985-1990: Gorbachov, Reagan y Bush.

Cinco años después de la crisis de la distensión, aparecía un nuevo dúo para gestionar la hegemonía del mundo, Ronald Reagan y Mijail Gorbachov y ambos lo hacían con inicial voluntad de acuerdo, no sin antes superar un periodo en el que Reagan viera fallecer a tres líderes soviéticos.

Reagan era un creyente profundo, convencido anti-comunista y, también, convencido de la superioridad moral, política y económica de la civilización occidental sobre el comunismo (*"El comunismo no es un sistema económico, ni político: es una forma de locura, una aberración temporal que un día desaparecerá de la faz de Tierra porque es contrario a la naturaleza humana... Al negar a sus ciudadanos la libertad humana y la dignidad humana, la Unión Soviética nada a contracorriente en el mar de la historia"*).

Para LEFFLER lo que distinguió a Reagan de sus antecesores no fue ni su ideología, ni su convicción de negociación, sino *"su deseo de tender la mano"*

a una cúpula a la que aborrecía, a unos hombres a los que detestaba, de tener en cuenta las preocupaciones de su adversario y de aprender de las experiencias. El rasgo distintivo de Reagan era su confianza en su mismo y su capacidad para provocar cambios”.

Las claves estratégicas de Reagan eran la revitalización económica de su país y su fortalecimiento defensivo para negociar desde una posición de fuerza, porque los soviéticos sólo respetaban la fuerza. Esta estrategia llevaría a la URSS a agotarse en el esfuerzo de seguir el ritmo impuesto pues Reagan partía de la hipótesis de que la URSS estaba acabada y acertó.

Los últimos tiempos de Brezhnev no permitieron acercamiento alguno, ni tan siquiera como consecuencia del levantamiento del embargo de cereales que, unilateralmente, propició Reagan. Brezhnev falleció en noviembre de 1982 y le sustituiría Yuri Andropov, antiguo jefe del KGB, que mantuvo la tensión (ley marcial en Polonia; ayudas a Fidel Castro y a los sandinistas; fomento de la revuelta en El Salvador; agravamiento de la lucha en Afganistán, etc.), lo que originó que Reagan adoptara una estrategia ofensiva haciendo pública su idea de desarrollar la investigación de un escudo protector anti-misiles nucleares estratégicos. Era la *Iniciativa de Defensa Estratégica*, más conocida como *“Guerra de las Galaxias”* que pretendía trasladar al espacio la carrera armamentística.

En la era Andropov, Reagan estaba dispuesto al diálogo pero sin rebajar la presión a que sometía a los soviéticos, así que en materia de arsenales nucleares rechazaba el *status quo* y exigía concertar la reducción de armamento nuclear. En los distintos focos distribuidos por el mundo, Reagan pretendía dejar claro que se había superado el síndrome Vietnam y que EE.UU no cedería un palmo más de terreno, en ninguna parte del planeta, es más, inició acciones de apoyo a movimientos contra-revolucionarios en diversas partes de Hispanoamérica y Afganistán. Andropov se percató de la tensión que se creaba y la comparó con la crisis de los misiles del 1962, así que los soviéticos acusando el golpe temieron que se tratara de un presagio de

acciones de mayor calado, con lo que hicieron patente su temor a los EE.UU., al tiempo que Reagan seguía ofreciendo vías de diálogo.

Andropov murió en febrero de 1984 y le sustituyó Konstantin Chernenco, al parecer persona accesible al diálogo. En noviembre de 1984 Reagan revalidó electoralmente su cargo, pero en marzo de 1985 fallecería Chernenco, al que sustituiría Mijail Gorbachov.

Gorbachov es un hombre de origen rural, viva inteligencia, energético, comprometido y reflexivo, que procedía de una familia cripto-cristiana así que fuera bautizado en secreto, sufriendo en el principio de su adolescencia los sinsabores de la II Guerra Mundial. Era, según LEFFLER, "*un comunista integrado*", consciente de los defectos del sistema lo que originaba la necesidad de cambio, que se había curtido políticamente en el Partido y que con Andropov llegaría sus más altas cotas, por lo que puede decirse que Gorbachov era un reformista, como tuvo oportunidad de demostrar el mismo día de su designación como Secretario General.

Incorpora Gorbachov, al léxico político soviético, el término *glasnost* (transparencia) para reordenar las relaciones internas en la sociedad socialista, lo que suponía una vía de apertura y democracia interna y en el ámbito de las relaciones externas, siendo patente el grave riesgo que se corría, consideraba imprescindible convencer al adversario de la necesidad de amainar en la carrera armamentística y, sobre todo, en la de naturaleza nuclear.

Gorbachov estaba convencido de que la capacidad defensiva y ofensiva de la URSS hacía imposible un ataque, de modo que el mayor enemigo real de la URSS eran sus debilidades internas, económicas, sociales y políticas. Sabía el nuevo líder que los EE.UU, buscaban el agotamiento de la URSS, de modo que el cambio estratégico era inevitable. Había de detraer recursos de la acción externa para dedicarlos al fortalecimiento interno y, para cumplir con tal objetivo en términos de seguridad, había que volver a la senda de la distensión, era la vieja teoría de la coexistencia pacífica.

En este marco, la coincidencia de Reagan con Gorbachov era providencial, como se vería en poco tiempo.

Tres pasos claves representaron la nueva política soviética: inicio de la retirada de tropas en Afganistán; moratoria unilateral de ensayos nucleares y sustitución de Gromiko por Shevardnadze, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, quien hizo expresión de la nueva política en el décimo aniversario del Tratado de Helsinki, todo lo cual otorgó fiabilidad a la nueva política de Gorbachov. Reagan sabía muy bien que tales gestos requerirían la contrapartida de la mitigación de la *"Guerra de las Galaxias"*, evitando llevar la carrera armamentística al espacio, para que la URSS pudiera tomar aire y volcarse en su recuperación económica, pues tal mitigación, desde Moscú, se consideraba parte de la política de desarme. Aquí estaría la almendra de los debates entre ambos líderes.

Reagan se lanzó a la contraofensiva. Había que arrancar a la URSS diversos compromisos en materia de derechos humanos, eliminación de apoyos a las revoluciones en Centroamérica y en África, reducción militar en Afganistán, además de las cuestiones armamentísticas, porque sólo si los EE.UU. recuperaban la confianza en la URSS sería posible la distensión. La primera exigencia para recuperar la confianza era establecer una relación personal fluida y abierta. Para Reagan todo era negociable menos la *Iniciativa de Defensa Estratégica*, aunque estuviera dispuesto, al menos verbalmente, a compartir las tecnologías que surgieran de aquél plan que siempre negó tuviera carácter ofensivo.

En noviembre de 1985 los matrimonios Gorbachov y Reagan se vieron en Ginebra, donde empezó a trabarse una relación personal cargada de afecto y confianza, aunque la cuestión central seguía concretada en la *"Guerra de las Galaxias"* para los soviéticos y en los apoyos revolucionarios, en diversos puntos del planeta, para los americanos.

Muchas de las exigencias americanas, al menos en alguna medida, no eran sino elementos de lo que Gorbachov presentaría en febrero de 1986 ante

el Comité Central bajo la denominación de la *perestroika* (re-estructuración), plan de re-estructuración de la vida social y económica de la URSS, pero aquél plan requería de un acuerdo amplio de reducción armamentística que lo hiciera viable y en este punto volvía aparecer la *Iniciativa de Defensa Estratégica*, cuestión tabú para Reagan, que conocía muy bien sus efectos en los ideólogos de la URSS. La catástrofe de la Central Nuclear de Chernobil, que dejaba al descubierto la falta de interés soviético por la seguridad nuclear afectó seriamente el ánimo de Gorbachov que veía la debilidad del propio sistema comunista y que sirvió para que Occidente hiciera patente la inconsistencia del comunismo. Pero, aquél accidente, también hacía patente los riesgos nucleares que serían infinitamente superiores originados por artefactos bélicos en lugar de por elementos meramente productivos.

En octubre de 1986, los dos líderes se entrevistaron durante dos días en Reykiavik, en las que quedó patente la relevancia que tenía para los soviéticos la ralentización de la llamada "*Guerra de las Galaxias*" o, siquiera fuera, el que quedara ésta reducida a pruebas en el laboratorio. Sería el escollo que, muy a pesar de ambos, impidió el acuerdo, aunque aquellas sesiones sirvieran para estrechar lazos personales que resultarían trascendentales.

La Administración americana percibía cambios relevantes en la URSS, aunque siguieran criticando la ausencia de derechos humanos en los países socialistas.

Gorbachov propuso la eliminación de los misiles nucleares de corto y medio alcance, entre 500 y 5.500 kms., con sus cabezas nucleares incluidas, sin incorporar compromiso alguno sobre la *Iniciativa de Defensa Estratégica* y sobre las armas estratégicas y se presentó en Washington, aprovechando la firma del *Tratado sobre Fuerza Nuclear Intermedia*, que no era avance menor, para tratar su oferta. A cambio se le pidió la retirada de Afganistán, la desaparición del Muro de Berlín y cierta apertura en materia de libertades en la URSS. Ahora era Reagan quien estaba jugando muy fuerte, si bien no se avanzó más, en el ámbito de las relaciones interpersonales se percibía su consolidación.

LEFFLER relata, con detalle, cómo en febrero de 1988 Gorbachov anunció la retirada de sus tropas de Afganistán (100.000 soldados) en el plazo de un año, asumiendo no pocos riesgos y sin la ayuda de los americanos que no se comprometían a dejar de apoyar a rebeldes muyahidines. Con independencia de lo que tenía de gesto, Gorbachov necesitaba acabar con la sangría poco exitosa que su presencia en Afganistán constituía.

Hito relevante del proceso de la *glasnost* y de la *perestroika* sería el discurso de Gorbachov con motivo del 70 aniversario de la Revolución de Octubre, en el que propuso la re-estructuración del "*concepto leninista del socialismo...*" para que fuera capaz de desarrollar "*un verdadero humanismo, poniéndose al servicio del hombre y ensalzándolo*", era lo que los occidentales hubiéramos denominado la *cuadratura del círculo*, pero realmente era la salida que la URSS requería desde su circunstancia.

Este objetivo de la *perestroika*, explicaba Gorbachov, requería, inexcusablemente, ya está reiterado, la paz y la coexistencia, de aquí que la política exterior de la URSS debía orientarse a hacer posible la *perestroika*.

Acertadamente LEFFLER formula retóricamente la cuestión de si el sistema capitalista permitiría la aparición de otro sistema alternativo y su pleno desarrollo, haciendo responder a Gorbachov con la percepción de que el capitalismo está cambiando y sería posible concurrir en una idea común que salvara el destino de la humanidad.

Desde luego, en aquella fecha, ni la URSS ni los EE.UU. tenían conciencia de un riesgo inminente de agresión de su adversario. Había que empezar por conformarse con que ninguno de los dos se arriesgaría a alterar el *status quo*.

En el orden ideológico Gorbachov se había transformado asumiendo el humanismo, siquiera fuera de raíz comunista. En el orden estratégico ambas partes parecían garantizar la inexistencia posible de agresión, de modo que sobre estas dos perchas se colgaba el traje de la *glasnost* y de *perestroika*.

Nuestros personajes volvieron a verse en Moscú, en mayo de 1988. Reagan empezó por reconocer el coraje de Gorbachov cuando anunció la retirada de las tropas de Afganistán y Gorbachov le propuso una declaración de principios en materia de *coexistencia pacífica* y de no injerencia que los americanos no aceptarían por la connotación soviética de su literalidad y porque pudiera legitimar un sistema alternativo, lo que defraudó a Gorbachov.

Reagan le planteó la cuestión de los derechos humanos (libertad religiosa, etc.) si bien lo hacía en privado y se comprometía a no hacerlo en público, incluso a negar que lo hubiera hecho si trascendiera, para que su interlocutor tuviera capacidad de maniobra interna. Gorbachov tenía prevista la exigencia y propuso un seminario permanente que tratara, con especialistas de ambos bandos, esta cuestión pues en los EE.UU también existían problemas en tal materia, con lo que neutralizaba la pretensión americana.

De nuevo acababa *en tablas* el encuentro, pero Gorbachov mantenía el rumbo fijado, aunque recibiera críticas de su aparato, con la preocupación propia de ver que se agotaba el mandato de Reagan, quien había visto morir a tres líderes soviéticos y con quien había trabado una profunda relación personal. Ahora, con la aparición de su nuevo interlocutor, George H.W. Bush, se ponía en cuestión el estadio alcanzado, ya que desconocía si el nuevo presidente mantendría el mismo afán que Reagan.

Bush era también un anti-comunista típico, como lo era Reagan, ferviente partidario de la Guerra Fría, un burgués educado en Yale pero con poco fondo ideológico, que no dejaba de reconocer los esfuerzos que el soviético venía haciendo a lo largo de los años en que coincidió con la presidencia de Reagan, pero el recelo es una barrera personal que sólo la relación personal puede eliminar.

Ocurrió, lo que probablemente tenía que ocurrir. Bush inició su actuación internacional con un planteamiento maximalista que así define LEFFLER: *“El objetivo norteamericano iba más allá de la mera contención del expansionismo soviético. Queremos integrar a la Unión Soviética en una*

comunidad de naciones. La Guerra Fría podía acabar, afirmaba Bush, si el Kremlin aceptaba el orden mundial capitalista democrático y se integraba en él". Así que, dice LEFFLER, "En resumen, la Guerra Fría acabaría si Gorbachov reconfiguraba su estructura militar, renunciaba a su legado ideológico y adaptaba su "nueva filosofía" a un orden internacional basado en los principios norteamericanos tradicionales del capitalismo democrático".

En los países satélites de la URSS, como Polonia, Hungría y Alemania oriental se percibían cambios políticos, lo que engrandeció la figura de Gorbachov en la Europa occidental aunque en la URSS se mantenía las críticas por la complejidad del cambio en un entorno económico muy complicado. Con Alemania oriental el problema se centraba en la intransigencia de Honecker que trataba de frenar un movimiento imparable que actuaba por simpatía con los de Polonia y Hungría, hasta que en octubre de 1989 sería desbancado y sustituido por Krenz que convocaría elecciones, en una situación convulsa y económicamente caótica, hasta que en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1989 el pueblo alemán derribó el Muro de Berlín, lo que constituyó un hito histórico y un impulso decisivo al proceso democrático de los países del este. Era el gran triunfo personal de Gorbachov.

Las transformaciones en los países satélites no se vieron como una amenaza para la URSS, lo que si hubiera ocurrido si algún país occidental hubiera intervenido, pero los cambios internos no representaban, en sí mismo, amenaza alguna, por eso tampoco intervino, salvo por omisión, la URSS. Incluso la Alemania Federal se comprometió a no intervenir en la Alemania Democrática. Gorbachov seguía predicando la *perestroika* como una reestructuración del socialismo, tratando de poner en valor su aspecto humanista, pero sabía que todos los países del entorno de la URSS vivían momentos de enormes dificultades económicas y para tal problema no tenía prédica.

Si para los soviéticos todo era novedad y riesgo, viendo alejarse a sus satélites, la mera hipótesis de la reunificación alemana suponía el resurgimiento de una preocupación histórica. No solo desde el bando comunista surgía la preocupación, los propios países de la Europa occidental como Inglaterra,

Francia y Holanda la hacía patente con mayor o menor claridad. Por el contrario el presidente Bush veía como inevitable y favorable una futura reunificación, aunque reconocía la necesidad de aplicar la prudencia a la hora de tomar decisiones definitivas. Para la URSS la cuestión alemana era muy dolorosa, por sus connotaciones con la II Guerra Mundial y su lucha contra la invasión nazi, que el pueblo ruso tenía idealizada por la propaganda oficial.

Por lo que a la reunificación alemana se refiere los americanos sugerían a la URSS que una Alemania, instalada desde hace 50 años en la democracia, reunificada y en el seno de la OTAN, con limitación del tamaño de su ejército, era plena garantía de no agresión.

En diciembre de 1989, Bush y Gorbachov se reunieron en Malta, donde surgiría la chispa de la amistad, que ya había surgido con Reagan años atrás. Gorbachov continuaba con su prédica sobre la necesidad de la cooperación entre los dos grandes países dejando la vieja idea de la enemistad, porque ambos sabían que no era viable hipótesis alguna de agresión. En mayo de 1990 Gorbachov visitó Washington y, dice LEFFLER, que tenía más amigos en ésta que en Moscú, porque estaba pasando un momento crítico en el rediseño del socialismo en su tránsito a la democracia, con riesgo de sedición en algunas Repúblicas que ponían en riesgo la supervivencia de la URSS y necesitaba un éxito diplomático para salvar la perestroika.

En lo relativo a una Alemania unida en el seno la OTAN, Gorbachov, reconoció el derecho de decisión del pueblo alemán, si bien tras un largo periodo transitorio en el que se disipara cualquier duda, lo que asombró a sus asesores, porque no veía ya en la OTAN sino a una exigencia de vinculación de los EE.UU. con Europa y un instrumento de control de una futura Alemania unida.

En julio de 1990 Gorbachov revalidó su posición en el Comité Central, lo que le dio un respiro, confirmándose en su proceso de desideologización, de eliminación de prejuicios ideológicos, en la gestión de las relaciones internacionales, lo que favorecía su visión del futuro de Alemania en un marco

de paz y no de agresión, con algunas garantías (compromiso de no disponer de armas de destrucción masiva, de respetar la frontera de Polonia, etc).

Señala Melvyn P. LEFFLER que *“La Guerra Fría había tocado a su fin porque Gorbachov había retirado previamente a las tropas soviéticas de Afganistán y desideologizado la política internacional, abandonando el deseo de competir en muchas áreas conflictivas del Tercer Mundo, aceptando las ideas del libre mercado y las reformas políticas democráticas en su país, y porque había permitido la caída de varios gobiernos comunistas en la Europa del este”*. Después, ya en 1991, llegaría el desmembramiento de la URSS para quedar la Federación Rusa como Estado independiente de las demás repúblicas.

V.- Valoración global y juicio crítico.

V.1.- El origen de la Guerra Fría.

Dos concepciones antagónicas, la *liberal* o *democrática* y la *marxista* o *totalitaria*, explican la situación de confrontación que vivió el mundo tras la II Guerra Mundial. Este antagonismo ideológico generó desconfianza y el encastillamiento de las partes, que no fueron capaces de romperlo aunque en muchas ocasiones, se hizo patente que lo quisieron. La desconfianza, basada en el antagonismo ideológico se retroalimentaba en los propios entornos de cada uno de los bandos (prejuicios, reticencias, intereses, etc.), hasta el extremo de mantener el miedo a la agresión cuando ésta era ya manifiestamente improbable.

V.2.- Claves de la Guerra Fría.

La clave central está en la convicción, en ambas partes, de que *“su modo de vida”* sería el que definitivamente se implantara en el mundo, lo que exigía resistir el periodo transitorio que les había tocado vivir. La Guerra Fría fue una batalla ideológica a la que se incorporaron muchas adherencias circunstanciales, pero la cuestión estaba en evitar que triunfara en el mundo la

ideología contraria. Así que en los EE.UU. se considerara a la Guerra Fría como la *"guerra contra el mal y por el alma de la humanidad"*.

El pistoletazo de salida de la Guerra Fría sería la bomba atómica, experimentada en Hiroshima y Nagasaki, por lo menos así lo consideró Stalin, pero cualquier otra disculpa hubiera valido, porque lo que necesitaba Stalin era consolidar su dominio sobre media Europa, como garantía de seguridad de la URSS y tal estrategia exigía un marco de confrontación.

Para la URSS, las claves estratégicas se concretaban en la necesidad de controlar el poderío militar de los Estados Unidos, en la necesidad de que Alemania no tuviera posibilidad de resurgir, en el peligroso resurgimiento de la Europa occidental (Plan Marshall) que contrastaba con el estancamiento de las economías socialistas, en la garantía de seguridad de la URSS creando un cinturón de países satélites y en la inviabilidad de la coexistencia pacífica por el rechazo sistemático de los EE.UU.

Para los EE.UU. las claves estratégicas hacían referencia a la necesidad de que la URSS no contaminara el mundo provocando focos revolucionarios (África, Oriente extremo, Latinoamérica); a la necesidad de eliminar las restricciones de libertad a las que tenía sometidos a los países de la Europa del este; al interés de forzar a la URSS en mantener una presión inversora de carácter militar que le distrajera recursos de la economía interna, y a la conveniencia de mantener abierta la brecha que China suponía en el mundo comunista.

En los últimos años de Guerra Fría perdería relevancia, para los soviéticos, el objetivo de una Alemania dividida para centrar su exigencia en reducir la llamada *"Guerra de las Galaxia"* como expresión de la estrategia de rearme espacial de los EE.UU.

V.3.- La distensión imposible.

Como no parecía que la situación bi-polar pudiera altearse era necesario prepararse para mantener un *status quo* vigilante, lo que suponía,

para ambos bandos, destinar enormes recursos a la seguridad, en perjuicio de las economías domésticas, así que ambas partes buscaran la distensión en el largo tránsito que se preveía hasta el triunfo de sus respectivos modos de vida.

Aunque los líderes de ambos bloques lo pretendieron, la desconfianza hacía imposible que se consolidara la distensión. Por otra parte, diversos conflictos distribuidos por el planeta complicaban sistemáticamente el tablero internacional (Corea, Indochina, Vietnam, Oriente Medio, etc.).

Brezhnev se comprometió seriamente con alcanzar la distensión partiendo del SALT I suscrito en el Helsinki en 1972 pero no fue capaz de cerrar acuerdos definitivos en materia de reducción armamentística y presionado por los suyos, finalmente, abandonaría su objetivo con el despliegue militar Afganistán, lo que suponía la vuelta a la Guerra Fría.

La desconfianza seguía siendo la clave de la permanencia de la Guerra Fría.

V.4.- *Glasnost y Perestroika*. De la re-estructuración al fin del socialismo.

Tendría que llegar Gorbachov quien deseando re-estructurar el socialismo y partiendo de la altísima improbabilidad de una agresión americana a la URSS y de sus sobrados medios de defensa en tan hipotético supuesto, pretendía volcarse en la economía interna reduciendo el presupuesto militar, lo que exigía acuerdos sustanciales con los EE.UU. para lo que fue imprescindible, además de la necesidad y perspicacia de Gorbachov, el surgimiento de una corriente de afecto personal con los presidentes americanos Reagan y Bush.

La retirada soviética de Afganistán sería la clave del éxito final, junto a la manifiesta apertura que se experimentaba en diversos países del *"telón de acero"* hasta que el Muro de Berlín fuera roto por el pueblo alemán con la anuencia de Moscú y así se iniciara el rápido desmoronamiento del imperio soviético.

V.5.- El fenómeno Gorbachov.

No se duda, ni LEFFLER lo hace, de que el éxito se deba, prácticamente por entero, a Gorbachov, pues Reagan y Bush no hicieron sino percibir la oportunidad y confiar en Gorbachov. Quien cedió fue Gorbachov, pues Reagan y Bush no hicieron cambio sustancial alguno.

Qué ocurrió en las mentes de estos protagonistas. A mi juicio, Reagan y Bush, porque estaban seguros de sus convicciones, se abrieron al diálogo, comprendieron la posición de Gorbachov y le ayudaron a correr su camino. De aquí que en el inicio del presente trabajo estableciera que Reagan y Bush ni fueron rupturistas, ni siquiera reformistas, porque no lo necesitaban.

Por el contrario Gorbachov sufrió una profunda mutación ideológica, y de reformista pasó a rupturista, así que queriendo re-estructurar el socialismo percibió su inviabilidad en un entorno democrático y de libertad por lo que decidió, más que desatar, dejar que se soltaran los nudos ideológicos que mantenían a la URSS y sus países satélites en impuesta relación de sumisión.

Perdió interés la resurrección de Alemania, perdió interés la atadura de los países satélites y el imperio soviético se disolvió como un azucarillo, casi sin que se pudiera advertir, dejando gravísimas secuelas que aún perduran, porque Gorbachov queriendo re-estructurar el socialismo, para llegar *"a un sistema socialista democrático ejemplar"*, al decir de LEFFLER, pero constató su inviabilidad y certificó su defunción.

La Guerra Fría surgió porque dos tesis, ambas expansionistas, la *liberal* y la *marxista*, pugnaban por hacerse hegemónicas en el mundo y acabó la Guerra Fría, cuando una de esas tesis, la *marxista*, hizo patente su inviabilidad y lejos de *"morir matando"* encontró un conductor que, sin alharacas de plañidera, supo disolverla. La URSS, se ha dicho en diversas ocasiones, pudo convertirse en una momia, como la de Lenin, y fosilizarse en la historia de la humanidad como lo han hecho Cuba y Corea, con lo que la inseguridad en el planeta se hubiera eternizado, porque no había perdido su enorme poder destructivo.

Mi conclusión, tras seguir con atención el discurso histórico de LEFFLER, es que el mundo debe el final de la Guerra Fría a la buena predisposición de los presidentes Reagan y Bush y a la mutación ideológica y al valor personal de Gorbachov.

V.6.- Juicio crítico de la obra de LEFFLER.

Habiendo formulado, al inicio del presente trabajo, un previo análisis del contenido de la obra recensionada, cabe en esa valoración final aportar el juicio personal que la misma merece

Melvyn P. LEFFLER presenta una obra de excepcional valor porque está fundada en fuentes primarias de extraordinaria fiabilidad, tras las desclasificaciones documentales realizadas por los Estados Unidos y La Federación Rusa, de modo que si a tal aportación de fuentes se le añade la talla del autor, capaz de ubicar al lector en los distintos escenarios en que las informaciones aportadas hacen sentido, nos enfrentamos a un trabajo de valor historiográfico de primera magnitud.

Está dicho, y es de repetir, que la posición de neutralidad en que se coloca LEFFLER otorga mayor solvencia, si cabe, a su trabajo y, en todo caso, ofrece una lectura serena, sin trampas dialécticas que obliguen al lector a mantenerse en guardia.